

En torno a la crítica literaria, además de sus juicios sobre algunos textos poéticos y periódicos literarios, los artículos seleccionados cobran importancia en tanto que encierran sus pronunciamientos sobre la literatura nacional, al mismo tiempo que son reflejo de las ideas estéticas de ese momento.

Así, al revisar el "Estado de la literatura en México" plantea que ésta se ubica a la altura de la universal, pero también señala que será mejor cuando sea libre, lejos del alcance de regímenes despóticos. Para Francisco Zarco la literatura era un importante medio de civilización y progreso: "Un pueblo que comience a gozar de civilización debe tener una literatura naciente o vigorosa" (820).

De su artículo "De la misión de la crítica literaria" se desprenden las funciones del crítico, quien debe escribir, dice Zarco: "con justicia, con imparcialidad, con exactitud y dar a sus escritos atractivo encanto [ya que] un buen crítico puede dirigir el movimiento literario de un país" (844).

Las *Obras completas de Francisco Zarco* son un primer paso necesario para empezar a estudiar al pensador, al político y al literato liberal del siglo XIX, cuyas ideas tienen gran actualidad en nuestra época. En particular el volumen *Literatura y variedades. Poesía. Crítica literaria* no sólo contribuye al rescate del trabajo literario de Zarco, sino, al mismo tiempo, a la revaloración de la también olvidada literatura del siglo XIX.

ANGÉLICA ARREOLA MEDINA

*Instituto de Investigaciones Filológicas, UNAM*

Jorge Ruedas de la Serna, coord. *La misión del escritor. Ensayos mexicanos del siglo XIX*. México: UNAM, 1996.

*A Pilar Mandujano*

Ciertamente abrir el libro ya es transportarnos al siglo XIX: la selección de pasta, colores, tipo de papel, letras capitulares, señalamiento de margen e ilustraciones revelan minuciosidad de impresor detallista. En una palabra, el libro como objeto estético, realizando así la presencia de los escritos recopilados con un cuidado idéntico. Tener un ejemplar de esta

obra, en tiempos en que los libros son maquilados en serie y apreciados sobre todo en cuanto a su valor mercantil (por eso un libro que no garantiza su venta difícilmente será publicado), significa poseer una pieza rara como lo es la excelsitud de toda belleza y retribuye con una satisfacción inocultable para todo aquel amante de los libros.

Por eso, no es difícil entrar en materia a través de la puerta del tiempo, y recopilando las opiniones que los mismos autores del siglo XIX tenían sobre la literatura nacional aparecen algunas constantes que en varios de ellos se repiten. Dentro de tales hay tres que son perfectamente reconocibles:

1) *La formación de una tradición literaria.* En este inciso podemos agrupar todos esos puntos de vista histórico-comparativos que se dedican a repasar culturas y autores del pasado; de este modo equiparan la historia de Occidente con la historia nacional y la proyectan dentro del fenómeno literario, principalmente con el fin de demostrar las causas de su atraso. De este proceso de revisión se pueden destacar la urgencia de profesionalizar la tarea del escritor para que tenga alicientes antes que barreras desempeñando el oficio de las letras, y la prioridad de fundar una literatura equiparable a las de Europa en correspondencia al proceso de formación de un país de primer orden (objetivo que finalmente se cumplió por el lado artístico y literario, pero por el lado político no tanto). Ejemplos de ello son Lafragua y el Conde de la Cortina para quienes la literatura es “la palabra de la sociedad” (72) y un síntoma del progreso de un país.

2) *La estructuración del concepto literatura nacional.* Este punto, estrechamente vinculado al anterior, precisa también de dos aspectos de realización, y cuya disyuntiva fue uno de los motivos que más polémicas despertaron al interior del ámbito cultural decimonónico. Por un lado hubo gremios (los más, a pesar de que en política se dividieran unos por el partido liberal, y otros por el conservador) que apoyaban una concepción artística conforme a las necesidades específicas del país, tanto de índole político (entre quienes estarían Zarco y Roa Bárcena) como militar (Prieto, González Bocanegra y —más claramente— la poesía de Juan Valle serían algunas muestras). Por el otro (sobre todo con el advenimiento de Gutiérrez Nájera y la generación modernista) quienes concebían el arte de acuerdo a las ideas de avanzada predominantes en ese momento.

3) *La expresión literaria auténticamente mexicana.* A manera de conclusión de las dos anteriores, lo que encontramos aquí es la opinión vertida por los autores antologados sobre las obras ya impresas, es decir el fenómeno literario ya no como proyecto, sino como realidad. Por ello,

el resultado de una literatura apegada a los temas nacionales (como Altamirano y Cuéllar lo manifiestan expresamente) se particulariza por tratar temas de la realidad mexicana con su entorno paisajístico correspondiente. Es entonces cuando surgen la poesía patriótica, la novela costumbrista (entendida por muchos como regionalista) y la novela indigenista (entre otros géneros), que si bien entenderá el indigenismo (cosa que todavía sucede en la actualidad) no desde la visión de los indios, sino desde la que mestizos y criollos tienen respecto de ellos. En cambio, la búsqueda de una literatura *sin adjetivos* resulta ser más global, y al asumir la labor literaria conforme a sus expectativas inherentes, abarca también lo perseguido por las obras de índole abiertamente nacionalista, pues en el momento en que estas expectativas se satisfacen, el alcanzar una expresión netamente nacional se da por añadidura.

Atendiendo nombres y la función que en escalada representaron, existen algunos que no podemos prescindir mencionarlos, así sea de manera sucinta. José María Heredia y el Conde de la Cortina, creo, sin lugar a dudas, son los primeros escritores que asumen seriamente el papel de críticos, pero que a pesar de su rigurosidad no dejan de ser deferentes. Sin embargo, será hasta con Lafragua que el trabajo de análisis alcanza el rango estético, merced al depurado y ameno estilo de su pluma que convierte la función crítica en una auténtica obra literaria. Todo lo anterior aunado en alguien que además de talento tenía una perspectiva privilegiada para justipreciar la función ancilar que tuvo nuestra literatura con respecto de España hasta el siglo XIX, y que no debería repetirse con otras naciones y sus tendencias ideológico-artísticas.

Luego vendrán Francisco Zarco y Guillermo Prieto, quienes proyectan, por medio del esquema político que defendían, la construcción de eso que además de nombre necesitaba tener forma: la literatura nacional. Como todo este desarrollo se va dando de manera gradual, dicha concepción inevitablemente se sustentaba en la precisa ubicación que de ella había asentado ya Lafragua y la definición que le dio José Tomás de Cuéllar. Éste último, por su localización intermedia en el libro, es el crítico pivote que, como lo sostiene Pilar Mandujano, puntualiza y resume el objetivo final de todo el grupo de textos compediados: “a Cuéllar le toca apuntar sobre la actitud con la que aquellos escritores asumirían su quehacer literario: como misión” (211).

Así (como de modo estructural lo hemos visto), el nudo esencial de lo nacional literario estaba en el enfoque con que se le asumía: un desbalance que daba prioridad más a los propósitos que a los medios. Leticia Algaba lo señala hablando de José María Roa Bárcena: “La defensa

de los temas más que la valoración formal remiten al privilegio de los valores patrios que Roa Bárcena, y casi todos los escritores de su generación defendieron" (367).

Las consecuencias, por lo tanto, eran previsibles, y el mejor ejemplo de un arte cercado por las circunstancias de su entorno lo da Ignacio Manuel Altamirano. En "Carta a una poetisa" sustenta una preceptiva poética donde el tema nacional, y sobre todo el paisaje mexicano, constituyen las notas dominantes. En el trasfondo de este consejo que da a la incipiente escritora, hallamos una intención equilibrante con la que Altamirano justificaba la adopción de modelos de escritura extranjeros, a condición de que se aclimataran dentro de una temática patriótica. Curiosamente, el discípulo mayor que seguirá esta propuesta de descripción paisajística, será, hacia fin de siglo, Manuel José Othón, contemporáneo de los modernistas, quien como éstos procura abatir los resquicios del Romanticismo, pero que en vez de voltear su mirada hacia la innovación francesa, preferirá retomar, reformándola, la estructura estilística neoclásica.

Manuel Gutiérrez Nájera es el puerto de llegada de todo este recorrido. Con él la panorámica se clarifica: los propósitos de la literatura deben buscarse en sí misma, pero aplicando una circunstancia que es propia de los países hispanoamericanos, cuyo carácter se formó, a través de los siglos, en base a la mezcla de tradiciones, y ciertamente nuestro autor no se equivocó. En cuanto se produce y reproduce de manera consciente este "cruzamiento en literatura" por el cual propugna, será posible, en palabras de Belem Clark, "ese proyecto que culmina con la conquista de una literatura propia" (404).

Pero tal finalidad no se cumple sino cuando el escritor se aboca exclusivamente a ejercer su oficio, sin distraerse en el desempeño de otras funciones. Nuestra literatura pues, empieza a construirse un nombre y un lugar en el momento en que sus cultivadores pueden (con más o menos fortuna) sobrevivir con base en su trabajo escritural, hecho inconcebible para los autores que precedieron a Gutiérrez Nájera. Y si bien, por lo que hace a sus respectivos logros, la crítica especializada en general sitúa al Modernismo como la etapa en que la literatura mexicana e hispanoamericana adquieren un carácter propio y distintivo, también podemos aseverar, sin temor a equivocarnos, que eso no se hubiera logrado sin la ardua labor que asumieron para sí varias generaciones precedentes de escritores, desde la consumación de la Independencia hasta 1888, hecho que el mismo Gutiérrez Nájera es el primero en reconocer.

A partir de entonces, reconocimiento y cambio con respecto de lo anterior han sido las consignas del quehacer literario en México; o como

lo define Octavio Paz, desde entonces el desarrollo de las letras nacionales está fundado en "la tradición de la ruptura".

JESÚS GÓMEZ MORÁN

*Instituto de Investigaciones Filológicas, UNAM*

José Luis Martínez y Christopher Domínguez Michael. *Historia de la literatura mexicana del siglo XX*. México: CNCA, 1966.

Escribir una historia de la literatura mexicana del siglo xx es, de principio, una empresa casi imposible. Inevitablemente, la sola idea posee contradicciones que muy pocas veces pueden llegar a resolverse. Se puede escoger a los mejores críticos, se puede intentar incluir una lista exhaustiva de títulos y autores, pero a la postre el resultado casi nunca justifica el esfuerzo. Un trabajo de semejante magnitud necesita centrarse en medio de la verdadera historia de la literatura y la mera acumulación de nombres, entre la imparcialidad del historiador y los juicios del crítico. Lamentablemente, resulta casi imposible alcanzar este delicado equilibrio. Eso es lo que ha ocurrido de nueva cuenta con *La literatura mexicana del siglo XX* de José Luis Martínez y Christopher Domínguez Michael.

Desde el inicio, los criterios de elaboración parecen, si no dudosos, al menos incompatibles. A José Luis Martínez (1918), acaso el crítico de más larga trayectoria en el país, y uno de los más renombrados, le ha correspondido realizar la parte más sustancial de la obra: el análisis del período que va de 1910 a 1960. Para ello, Martínez decidió actualizar su célebre *Literatura mexicana, siglo XX*, editada por vez primera en 1949,<sup>1</sup> con una nueva serie de capítulos entre los cuales destaca, sobre todo, el dedicado a Octavio Paz. No obstante, quizá la estructura de este libro previo no resulte la más adecuada para una obra de mayores proporciones: el panorama de la literatura mexicana se forma con cuantos ensayos memorables completados con cientos de breves fichas bibliográficas. Así, la obra de Martínez no es capaz de alcanzar una justa división entre la crítica y el inventario.

Por su parte, Christopher Domínguez Michael (1962), uno de los críticos jóvenes más lúcidos del país, quien se encargó de la parte de la literatura mexicana que va de 1955 a 1993, optó por abandonar el tono

---

<sup>1</sup> Una nueva edición apareció en la tercera serie de la colección *Lecturas Mexicanas del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes*.